

ejemplo entre griegos ni latinos: buen cuidado tuvo Goldoni por eso de traducirlas.

(Acto 5.º, escena 3.ª de la comedia francesa. Escena 9.ª del acto 2.º en la comedia de ALARCON.)

Etes-vous gentilhomme? ¿Sois caballero, García?

Esta escena está imitada del español; el ingenio varonil de Corneille abandona aquí el tono familiar de la comedia; el asunto que maneja le obliga á levantar la voz; es un padre justamente indignado, es

Iratus Chremes (qui) tumido delitigat ore.

Aquí se ve la mano que pintó al anciano Horacio y á

DE MONSIEUR PHILARÉTE CHASLES.

(*Études sur l'Espagne*, Paris, 1847.)

Por los años de 1644 una comedia española atribuida á Lope de Vega cae en manos de Corneille, á quien parece tan buena, que se pone á trabajar, la imita, y dice que daría todas sus producciones (1) á trueque de haber inventado aquella. Gustó la comedia, y lo primero que hizo Corneille en su prólogo fué confesar el empréstito y alabarse de él, muy léjos de pretender la creacion de la obra que reproducia.

Y ¿quién era el poeta cómico modelo de Corneille, creador de una obra á la cual debió Molière, segun él confiesa, su primera inspiracion? «Si no hubiese leído el *Mentiroso*, dice Molière, creo que no hubiera compuesto comedias.» ¿De dónde salió la concepcion poderosa que guió al gran Corneille? Ya hemos nombrado á ALARCON.

Por una de esas circunstancias caprichosas debidas al acaso de la palabra, dirigiéndose ALARCON en un prólogo á sus contemporáneos, y usando jocosamente una fórmula familiar en su lengua, profetizó lo que le habia de suceder veinte años despues. Sin saber que la mayor parte de su celebridad le vendria del gran Corneille, se expresó en estos términos: «Cualquiera que tú seas, ó mal contento ó bien intencionado, sabe que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas (2), como son *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, etc.»

Tratemos de hacer íntimo conocimiento con el hombre á quien imitó Corneille sin conocerle, y que debió gloriarse de tal imitador. Entremos en Madrid en 1630 (3), y asistamos á la representacion de la comedia famosa de ALARCON *En boca del embustero es la verdad sospechosa*.

Tal es el sentido y el fondo del drama: es una comedia de carácter, cosa rara en el teatro español, donde se ven más generalidades que individuos, donde en vez

(1) Lo que dijo fué que daría dos. (Véase el *Exámen* de este libro de Corneille, pág. 531.)

(2) *Corneja* en frances es *Corneille*.

(3) *La verdad sospechosa* fué, como se dijo en el prólogo, escrita antes del fallecimiento de Felipe III, ocurrido en 31 de marzo de 1621.

don Diego Lainez: todo padre debe mandar á sus hijos leer esta hermosa escena. Y si dijese alguno á los feroces enemigos del teatro, á los perseguidores de la más bella de las artes: «¿Os atreveréis á negar que esta escena, bien representada, hará más provechosa y fuerte impresion en el espíritu de un jóven que todos los sermones que diariamente se echan sobre esta materia?» Quisiera saber qué respondian.

Goldoni en su *Bugiardo* no ha podido imitar esta hermosa escena de Corneille, porque en Pantalon Bisognosi, padre del Embustero, que es un mercader de Venecia, no seria propia la autoridad y entonacion de un caballero: Pantalon dice lisa y llanamente á su hijo que un comerciante debe tener buena fe.

de hombres suelen aparecer figuras de ajedrez que van adonde se las lleva. No habiendo carácter, la sensacion domina. Los personajes de ALARCON son súbditos dóciles de la pasion y del destino, los de Calderon, esclavos elocuentes de la imaginacion y la fe; los de Lope de Vega, juguetes del acaso. Sobre estos varios tintes, sobre estos hombres diferentes, creaciones del poeta, reina el mismo sol, truena la misma tempestad.

El propio ALARCON, creando una comedia de carácter, la rodeó de una intriga brillante y apasionada.

La exposicion del drama es la misma que dió al suyo Corneille. Obligado á cambiar el sitio de la escena, perdió nuestro gran hombre el hermoso contraste entre el fervor entusiasta del honor castellano y el servil hábito de la mentira... Adaptar la intriga de ALARCON á las costumbres francesas, elaborar sabiamente esta creacion viva y fácil, no era tarea sin trabajo ni riesgo, y Corneille no lo consiguió siempre. Conservó la magnífica fiesta y suntuoso banquete dados en el soto por don García, cosa ajena de nuestro clima y nuestras costumbres medio septentrionales. Nunca en Francia dijo un padre á su hija: «Me pasearé con el novio que te destino, le tendré un buen rato enfrente de tu ventana, y luego hablaréis.» Extraña debió parecer en nuestra escena semejante presentacion. Dorante (García) en el acto 4.º, equivocando las damas, y creyendo que Lucrecia es Clarisa, y Clarisa Lucrecia, hace un *qui pro quo* español, copiado por Corneille; trueque usado en todos los teatros del mundo desde que el drama castellano dió ejemplo de él, y tan comun en este, que sin equivocacion no hay comedia en España.

He dicho que las naciones europeas habian tomado de España, no bosquejos, sino obras maestras; para probarlo seria menester seguir paso á paso cada escena del *Mentiroso*: fastidiosa reproduccion que difícilmente sufririan nuestros lectores. Escojamos una escena admirable, y perdonémosen las citas españolas, sin las cuales carecerian de peso nuestras aserciones: así se verá que Voltaire, La Harpe y los comentadores distan mucho de haber hecho justicia al autor de *La verdad sospechosa*.

Don Beltran reprende á su hijo el Embustero. Vol-

taire alaba mucho en Corneille la noble y patética exhortacion del padre; en el original español se halla completa, y es magnífica la sencillez de su arranque:

DON BELTRAN.
¿Sois caballero, García?

DON GARCÍA.
Téngome por hijo vuestro.

DON BELTRAN.
¿Y basta ser hijo mío
Para ser vos caballero?

DON GARCÍA.
Yo pienso, señor, que sí.

DON BELTRAN.
¿Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
Como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos.
Luego en obrar mal ó bien
Está el ser malo ó ser bueno.
¿Es así?

DON GARCÍA.
Que las hazañas
Dén nobleza, no lo niego;
Mas no neguéis que sin ellas,
Tambien la da el nacimiento.

DON BELTRAN.
Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perderlo?

DON GARCÍA.
Es verdad.

DON BELTRAN.
Luego si vos
Obráis afrentosos hechos,
Aunque seais hijo mío,
Dejais de ser caballero;
Luego si vuestras costumbres
Os infaman en el pueblo,
No importan paternas armas,
No sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
Diga á mis oídos mismos
Que á Salamanca admiraron
Vuestras mentiras y enredos?
¿Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
Solo el decirle que miente,
Decid, ¿qué será el hacerlo,
Si vivo sin honra yo,
Segun los humanos fueros,
Mientras de aquel que me dijo
Que mentia no me vengo?
Tan larga teneis la espada,
Tan duro teneis el pecho,
Que pensais poder vengaros,
Diciéndolo todo el pueblo?
Posible es que tenga un hombre
Tan humildes pensamientos,
Que viva sujeto al vicio
Más sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
Tiene á los lascivos presos;
Obliga á los codiciosos
El poder que da el dinero;
El gusto de los manjares
Al gloton; el pasatiempo
Y el cebo de la ganancia
A los que cursan el juego;
Su venganza al homicida,
Al robador su remedio,
La fama y la presuncion

Al que es por la espada inquieto:
Todos los vicios, al fin,
O dan gusto ó dan provecho;
Mas de mentir, ¿qué se saca
Sino infamia y menosprecio?

DON GARCÍA.
Quien dice que miento yo
Ha mentido.

Fácil y elevada elocuencia que solo puede tildarse de superabundancia. Corneille la traduce así:

GÉRONTE.
Etes-vous gentilhomme?

DORANTE.
(A part. Ah! rencontre fâcheuse!)
(Haut.) Étant sorti de vous, la chose est peu douteuse.

GÉRONTE.
Croyez-vous qu'il suffit d'être sorti de moi?

DORANTE.
Avec toute la France aisément je le croi.

GÉRONTE.
Et ne savez-vous point, avec toute la France,
D'où ce titre d'honneur a tiré sa naissance,
Et que la vertu seule a mis en ce haut rang
Ceux qui l'ont jusqu'à moi fait passer dans leur sang?

DORANTE.
J'ignorerais un point que n'ignore personne,
Que la vertu l'acquiert, comme le sang le donne?

GÉRONTE.
Oh le sang a manqué, si la vertu l'acquiert,
Où le sang l'a donné, le vice aussi le perd.
Ce qui naît d'un moyen périt par son contraire;
Tout ce que l'un a fait, l'autre le peut défaire;
Et, dans la lâcheté du vice où je te voi,
Tu n'es plus gentilhomme étant sorti de moi.

DORANTE.
Moi?

GÉRONTE.
Laisse-moi parler: toi, de qui l'imposture
Souille honteusement ce don de la nature;
Qui se dit gentilhomme, et ment comme tu fais,
Il ment, quand il le dit, et ne le fut jamais.
Est-il vice plus bas? Est-il tache plus noire,
Plus indigne d'un homme élevé pour la gloire?
Est-il quelque faiblesse, est-il quelque action
Dont un cœur vraiment noble ait plus d'aversion,
Puisqu'un seul démenti lui porte une infamie
Qu'il ne peut effacer s'il n'expose sa vie,
Et si dedans le sang il ne lave l'affront
Qu'un si honteux outrage imprime sur son front?

Aquí hay sin duda más concentracion y energía, una argumentacion más fuerte y escolástica que en el original. El raudal de ALARCON corre por cauce más estrecho, en el cual precipita su curso; el lujo de voces está corregido, la superfetacion de epítetos destruida; pero con todo, no estoy cierto de que la escena de Corneille haya ganado siempre. ALARCON tiene un rasgo sencillo y muy bello, que Corneille ha desaprovechado; aquel de

¿Tan larga teneis la espada, etc.

Sigamos el giro de esta escena, donde luce el conocimiento de mundo y la feliz inspiracion del poeta español. El padre, acabado el sermón, anuncia á Dorante que trata de casarle, para corregirle sin duda.

DON BELTRAN.
Sabed que os tengo, García,
Tratado un gran casamiento.

DON GARCÍA.
... Soy casado.

Ya se supone que el tal casamiento es mentira ; ese fruto ha dado el sermón del padre : no tiene Molière invención más cómica ni observación más profunda. En cuanto á la narración de los amores de Dorante y su matrimonio , está llena de chispa en el español y admirablemente imitada por el autor francés. Es necesario comparar á Corneille con ALARCON en esta escena hermosa para comprender cuánto valor da al talento la perfección de la forma. Invención , poesía , elegancia y fuego pertenecen al autor español ; una porción de rasgos delicados son la propiedad de Corneille.

Mais changeons de discours. Tu sais combien je t'aime?

DORANTE.

Je chéris cet honneur bien plus que le jour même.

GÉRONTE.

Comme de mon hymen il n'est sorti que toi, Et que je te vois prendre un périlleux emploi, Où l'ardeur pour la gloire à tout ôser convie, Et force à tous momens de négliger la vie ; Avant qu'aucun malheur te puisse être advenu, Pour te faire marcher un peu plus retenu, Je te veux marier.

DORANTE. (A part.)

O ma chère Lucrece!

GÉRONTE.

Je t'ai voulu choisir moi-même une maîtresse, Honnête, belle, riche.

DORANTE.

Ah! pour la bien choisir, Mon père, donnez-vous un peu plus de loisir.

GÉRONTE.

Je la connais assez. Clarice est belle et sage Autant que dans Paris il en soit de son âge ; Son père, de tout temps, est mon plus grand ami, Et l'affaire est conclue.

DORANTE.

Ah! monsieur, j'en frémi. D'un fardeau si pesant accabler ma jeunesse!

GÉRONTE.

Fais ce que je t'ordonne.

DORANTE.

(Haut.) Quoi! monsieur, à présent qu'il faut dans les combats Acquérir quelque nom, et signaler mon bras... [bats]

GÉRONTE.

Avant qu'être au hazard qu'un autre bras t'immole, Je veux dans ma maison avoir qui m'en console ; Je veux qu'un petit-fils puisse y tenir ton rang, Soutenir ma vieillesse et réparer mon sang. En un mot, je le veux.

DORANTE.

Voulez-êtes inflexible?

GÉRONTE.

Fais ce que je te dis.

DORANTE.

Mais s'il m'est impossible?

GÉRONTE.

Impossible! Et comment?

DORANTE.

Pour obtenir pardon, j'embrasse vos genoux. Je suis...

GÉRONTE.

Quoi?

DORANTE.

Dans Poitiers...

GÉRONTE.

Parle donc, et te lève.

DORANTE.

Je suis donc marié, puisqu'il faut que j'achève.

GÉRONTE.

Sans mon consentement!

DORANTE.

On m'a violenté : Vous ferez tout casser par votre autorité ; Mais nous fûmes tous deux forcés à l'hyménée Par la fatalité la plus inopinée... Ah! si vous le saviez!

GÉRONTE.

Dis, ne me cache rien.

DORANTE.

Elle est de fort bon lieu, mon père ; et pour son bien, S'il n'est du tout si grand que votre humeur souhaite...

GÉRONTE.

Sachons, à cela près, puisque c'est chose faite. Elle se nomme?

DORANTE.

Orphise, et son père Armédon.

GÉRONTE.

Je n'ai jamais ouï ni l'un ni l'autre nom. Mais poursuis.

DORANTE.

Je la vis presque à mon arrivée.

Une âme de rocher ne s'en fût pas sauvée, Tant elle avoit d'appas, et tant son œil vainqueur Par une douce force assujettit mon cœur! Je cherchai donc chez elle à faire connaissance; Et les soins obligeans de ma persévérance Surent plaire de sorte à cet objet charmant, Que j'en fus en six mois autant aimé qu'amant. J'en reçus des faveurs secrètes, mais honnêtes; Et j'entendis si loin mes petites conquêtes, Qu'en son quartier souvent je me coulais sans bruit, Pour causer avec elle une part de la nuit. Un soir que je venais de monter dans sa chambre (Ce fut, s'il m'en souvient, le second de septembre, Oui, ce fut ce jour-là que je fus attrapé), Ce soir même son père en ville avoit soupé; Il monte à son retour, il frappe à la porte; elle, Transit, pâlit, rougit, me cache en sa ruelle, Ouvre enfin, et d'abord (qu'elle eut d'esprit et d'art!) Elle se jette au cou de ce pauvre vieillard, Dérobe en l'embrassant son désordre à sa vue. Il se sied; il lui dit qu'il veut la voir pourvue; Lui propose un parti qu'on lui venait d'offrir. Jugez combien mon cœur avoit lors à souffrir! Par sa réponse adroite elle sut si bien faire, Que sans m'inquiéter elle plut à son père. Ce discours ennuyeux enfin se termina; Le bon homme partait quand ma montre sonna; Et lui, se retournant vers sa fille étonnée, « Depuis quand cette montre? et qui vous l'a donnée? — Acaste, mon cousin, me la vient d'envoyer, Dit-elle; et veut ici la faire nettoyer, N'ayant point d'horlogers au lieu de sa demeure : Elle a déjà sonné deux fois en un quart d'heure. — Donnez-la-moi, dit-il, j'en prendrai mieux le soin.» Alors pour me la prendre elle vient en mon coin. Je la lui donne en main; mais, voyez ma disgrâce: Avec mon pistolet le cordon s'embarasse, Fait marcher le déclin, le feu prend, le coup part; Jugez de notre trouble à ce triste hazard. Elle tombe par terre; et moi, je la crus morte. Le père épouvanté gagne aussitôt la porte; Il appelle au secours, il crie à l'assassin; Son fils et deux valets me coupent le chemin. Furiens de ma perte, et combattant de rage, Au milieu de tous trois je me faisais passage. Quand un autre malheur de nouveau me perdit; Mon épée en ma main en trois morceaux rompit. Désarmé, je recule, et rentre: alors Orphise, De sa frayeur première aucunement remise, Sait prendre un temps si juste en son reste d'effroi, Qu'elle pousse la porte et s'enferme avec moi.

Soudain nous entassons, pour défenses nouvelles, Bancs, tables, coffres, lits, et, jusqu'aux escabelles, Nous nous barricadons, et, dans ce premier feu Nous croyons gagner tout à différer un peu. Mais comme à ce rempart l'un et l'autre travaille, A ne le faire pas ma tête en répondait: Alors me voyant pris, il fallut composer.

(Ici Clarice les voit de sa fenêtre, et Lucrece, avec Isabelle, les voit aussi de la sienne.)

GÉRONTE.

C'est-à-dire en français qu'il fallut l'épouser?

DORANTE.

Les siens m'avaient trouvé de nuit seul avec elle, Ils étaient les plus forts, elle me semblait belle, Le scandale était grand, son honneur se perdait; A ne le faire pas ma tête en répondait. Ses grands efforts pour moi, son péril et ses larmes, A mon cœur amoureux étaient de nouveaux charmes. Donc, pour sauver ma vie ainsi que son honneur, Et me mettre avec elle au comble du bonheur, Je changeai d'un seul mot la tempête en bonace, Et fis ce que tout autre aurait fait en ma place. Choisissez maintenant de me voir ou mourir, Ou posséder un bien qu'on ne peut trop chérir.

GÉRONTE.

Non, non, je ne suis pas si mauvais que tu penses, Et trouve en ton malheur de telles circonstances, Que mon amour t'excuse, et mon esprit touché Te blâme seulement de l'avoir trop caché.

DORANTE.

Le peu de bien qu'elle a me faisait vous le taire.

GÉRONTE.

Je prens peu garde au bien, afin d'être bon père. Elle est belle, elle est sage, elle sort de bon lieu, Tu l'aimes, elle t'aime; il me suffit. Adieu. Je vais me dégager du père de Clarice.

Todo esto se halla en ALARCON, tal vez con ménos elegancia, pero con igual desenfado (1).

(1) Creo, por el contrario, que escribió su escena ALARCON con mayor elegancia, y sobre todo que se conserva con más frescura; la de Corneille está llena de expresiones que han envejecido; su estilo huele á rancio, y el de ALARCON no. El texto original es este:

Y agora, porque entendais Que en vuestro bien me desvelo, Sabed que os tengo, Garcia, Tratado un gran casamiento.

DON GARCÍA. (Ap.)

¿Ay mi Lucrecia!

DON BELTRAN.

¡Jamás Pusieron, hijo, los cielos Tantas, tan divinas partes En un humano sugeto, Como en Jacinta, la hija De don Fernando Pacheco, De quien mi vez pretendí Tener regalados nietos.

DON GARCÍA. (Ap.)

¿Ay Lucrecia! Si es posible, Tú sola has de ser mi dueño.

DON BELTRAN.

¿Qué es esto? ¿No respondéis?

DON GARCÍA. (Ap.)

Tuyo he de ser, vive el cielo.

DON BELTRAN.

¿Qué os entristéceis? Hablad; No me tengáis más suspenso.

DON GARCÍA.

Entristézcome, porque es Imposible obedeceros.

DON BELTRAN.

¿Por qué?

DON GARCÍA.

Porque soy casado.

Corneille ha hecho una traducción muy literal, y su verso hexámetro, más penoso de condensar, le ha obligado á una ejecución más esmerada. El artista que labra un mármol no se consiente los descuidos propios del que modela á ceras perdidas; no le es lícito dejar la obra á medio hacer.

El trabajo de Corneille aventaja al de La verdad sospechosa en el esmero de la ejecución, en la lima y en la exactitud de la forma. Cuando García ó Dorante imagina el interminable cuento de su matrimonio para librarse del que le propone su padre, ALARCON se abandona á la fecundidad de su imaginación y lengua, y va echando octosílabos tras octosílabos no más que hasta trescientos cincuenta: facultad inagotable que divierte al pronto y aturde luego. Nótese cuán fáciles de construir serán versitos como estos:

Quitémele yo, y al darle Quiso la suerte que toquen, A una pistola que tengo En la mano, los cordones. Cayó el gatillo, dió fuego, Al ruidó desmayóse Doña Sancha, etc.

Despues de esta salada relacion, el Garcia original hace una reflexion tan natural y graciosa, que extraño no verla en la obra traducida.

Dichosamente se ha hecho: Persuadido el viejo va; Ya del mentir no dirá Que es sin gusto ni provecho.

En desquite, Corneille añade excelentes rasgos:

Ce fut, il m'en souvient, le second de septembre...

Una particularidad tan exacta, que da un peso cómico

DON BELTRAN.

¿Casado! ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Cómo sin saberlo yo?

DON GARCÍA.

Fué fuerza, y está secreto.

DON BELTRAN.

¿Hay padre más desdichado!

DON GARCÍA.

No os aflijáis; que en sabiendo La causa, señor, tendréis Por venturoso el efecto.

DON BELTRAN.

Acabad pues; que mi vida Pende solo de un cabello.

DON GARCÍA.

(Ap. Agora os he menester, Suiltezas de mi ingenio.) En Salamanca, señor, Hay un caballero noble De quien es la alcuña Herrera, Y don Pedro el propio nombre. A este dió el cielo otro cielo Por hija, pues con dos soles Sus dos purpúreas mejillas Hacen claros horizontes. * Abrevio, por ir al caso, * Con decir que cuantas dotes * Pudo dar naturaleza * En tierna edad, la componen. Mas la enemiga fortuna, * Observante en su desorden, * A sus méritos opuesta, De sus bienes la hizo pobre; * Que demas de que su casa * No es tan rica como noble, * Al mayorazgo nacieron * Antes que ella dos varones. A esta pues saliendo al río La vi una tarde en su coche, * Que juzgara el de Faeton * Si fuese Eridano el Tórmes.

á las embrollas del Embustero, ni siquiera está indicada en el original. ALARCON solo dice:

Fui acrecentando finezas,
Y ella aumentando favores,
Hasta ponerme en el cielo
De su aposento una noche.

Corneille ha borrado el cielo del aposento, ha rotos ó tres *Phæbus*, ha aniquilado una docena de soles con sus lunas, acabando así su encantadora narración.

Monsieur Philarète Chasles juzga muy propicia y sensadamente á nuestro poeta; pero tal vez incurre en alguna que otra equivocación material que es preciso notar aquí. Por lo que últimamente dice de la gran escena original entre don Beltrán y su hijo, cualquiera creería que Pedro Corneille expresó en pocos y mejores versos lo que ALARCON escribió en muchos y muy inferiores, lo cual no es verdad; lo que ha hecho Corneille ha sido omitir, dejarse en el tintero una porción de rasgos de la escena española, y traducir ó imitar otros, dilatándolos algo. En dos escenas diferentes aprovecha Corneille dos trozos de la que es en nuestra edición la 9.^a del acto 2.^o Corneille en su escena 3.^a del acto 5.^o emplea veintiocho versos franceses para la reprensión que el padre da al hijo por sus embustes, catorce de trece, y catorce de doce sílabas de medida: el trozo de ALARCON, descontados los versos que dejó intactos Corneille (y han sido aquí señalados con un asterisco), consta de treinta y nueve versos de romance octosílabo. Ahora bien, los veintiocho versos franceses masculinos y femeninos componen trescientas cincuenta sílabas de medida; los treinta y nueve de ALARCON, multiplicados por ocho, dan solo trescientas doce sílabas, que se quedan en trescientas siete deduciendo cinco sí-

* No sé quién los atributos
* Del fuego en Cupido pone;
* Que yo de un súbito hielo
* Me senti ocupar entónces.
* ¿Qué tienen que ver del fuego
* Las inquietudes y ardores,
* Con quedar absorta un alma,
* Con quedar un cuerpo inmóvil?
Caso fué verla forzoso;
Viéndola, cegar de amores;
Pues abrasado seguirla,
Júzquelo un pecho de bronce.
Pasé su calle de día,
Rondé su calle de noche,
Con terceros y papeles.
Le encarecí mis pasiones,
Hasta que al fin condolido
O enamorada, responde,
* Porque también tiene amor
* Jurisdicción en los dioses.
Fui acrecentando finezas,
Y ella aumentando favores,
Hasta ponerme en el cielo
De su aposento una noche.
* Y cuando solicitaban
* El fin de mi pena enorme,
* Conquistando honestidades,
* Mis ardientes pretensiones,
Siento que su padre viene
A su aposento: llámóme,
* Porque jamás tal hacía,
* Mi fortuna aquella noche.
Ella, turbada, animosa
* Mujer al fin, á empellones
Mi casi difunto cuerpo
Detras de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija,
Fingiéndolo gusto, abrazóle
Por negarle el rostro en tanto
Que cobraba sus colores.
Asentáronse los dos,
Y él con prudentes razones
Le propuso un casamiento
Con uno de los Monroyes.

labas de otros tantos versos que por terminar en aguda tienen una ménos. El segundo trozo, que es el más importante, forma casi toda la escena 5.^a del 2.^o acto en la imitación de Corneille, quien dice en ciento veinte y un alexandrinos lo que ALARCON en ciento sesenta y tres octosílabos, no contando por supuesto los trozos que llevan estrella, omitidos por el escritor francés. Sesenta versos suyos de trece sílabas hacen setecientos ochenta; sesenta y un versos de á doce sílabas dan una suma de setecientos treinta y dos: unidas unas y otras, componen mil quinientas doce sílabas desde el verso décimoséptimo hasta el último de la escena. Los ciento sesenta y tres versos de ALARCON solo contienen mil doscientas noventa y una sílabas, porque de ellos, los ciento cincuenta son octosílabos y los trece son septosílabos á causa de terminar en agudo: así, entre los dos trozos de que tratamos, salen en el original castellano doscientas sesenta y cuatro sílabas ménos que en la comedia imitada, que equivalen á unos veinte ó veinte y un alexandrinos, ó á treinta y tres octosílabos justos. Corta es la diferencia; pero prueba á lo ménos que el poeta francés, léjos de concentrar ó condensar la superabundancia del poeta español, ha diluido algo lo que tomó, dejando fuera una porción de versos del original, donde se halla la concentración verdadera, porque hay más circunstancias, más pormenores y más poesía en ménos palabras, á pesar de que estas en castellano son generalmente más largas que en frances.

Si fuese un mérito acortar una escena suprimiendo pedazos, no se le podría disputar al infeliz poeta, aunque buen actor español, Luis José Antonio Moncín, que en la pobre imitación del *Mentiroso*, que tituló *El embustero engañado*, vertió los ciento veinte y un ver-

Ella, honesta como cauta,
De tal suerte le responde,
Que ni á su padre resista,
Ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto;
Y cuando ya casi pone
En el umbral de la puerta
El viejo los piés, entónces...
* Mal haya, amén, el primero
* Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
A dar comenzo las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
Hacia su hija, * ¿De dónde
Vino ese reloj? le dijo.
Ella respondió: «Envióme,
Para que se le aderecen,
Mi primo don Diego Ponco,
Por no haber en su lugar
Relojero ni relojes.»
* Dádmele, dijo su padre,
Porque yo ese cargo tome.
Pues entónces doña Sancha,
Que este es de la dama el nombre,
A quitármele del pecho
Cauta y prevenida corre,
* Antes que llegar él mismo
* A su padre se le antoje.
Quitámele yo, y al darle,
Quiso la suerte que toquen
A una pistola que tengo
En la mano, los cordones.
Cayó el gatillo, dió fuego,
Al tronido desmayóse
Doña Sancha, alborotado
El viejo, empezó á dar voces.
Yo, viendo el cielo en el suelo
Y eclipsados sus dos soles,
Juzgué sin duda por muerta
La vida de mis acciones,
* Pensando que cometieron
* Sacrilegio tan enorme
* Del plomo de mi pistola
* Los breves volantes orbes.

sos alexandrinos de Corneille, pertenecientes á la escena 9.^a del acto 2.^o, en los ciento veinte y nueve octosílabos siguientes:

DON ALONSO.
¿Cuánto deseaba el verte!
¡A qué buen tiempo has llegado!
Que hace días que la novia,
Calixto, te está esperando.

CALIXTO.
¿Qué novia, señor?

DON ALONSO.
Sabrás
Cómo te tengo tratado
De casar; es buena moza,
Tiene un dote saneado
Y tiene juicio: su tío
Y yo lo hemos concertado.

CALIXTO. (Ap.)
Si fuera con Beatriz,
Yo sería afortunado.

DON ALONSO.
Leonor se llama la novia.

CALIXTO. (Ap.)
¿Leonor dijo? No me caso.
Si fuera con Beatriz,
Yo aceptara de contado.

DON ALONSO.
Parece te has sorprendido.
Pues no tienes por qué: vamos,
Ven conmigo á ver la novia;

Con esto pues despechado,
Saqué rabioso el estoque:
* Fueran pocos para mí
* En tal ocasión mil hombres.
A impedirme la salida,
Como dos bravos leones,
Con sus armas sus hermanos
Y sus criados se oponen;
Mas, aunque fácil por todos
Mi espada y mi furia rompen,
No hay fuerza humana que impida
Fatales disposiciones;
Pues al salir por la puerta,
Como iba arrimado, asíome
La alcañata de la aldaba
Por los tiros del estoque.
Aquí para desasirme
Fué fuerza que atrás me torne,
* Y entre tanto mis contrarios
* Muros de espadas me oponen.
En esto cobró su acuerdo
Sancha; y para que se estorbe
El triste fin que prometen
Estos sucesos atroces,
La puerta cerró animosa
Del aposento, y dejóme
A mí con ella encerrado,
Y fuera á mis agresores.
Arrimamos á la puerta
Baulés, arcas y cofres;
Que al fin son de ardientes iras
Remedio las dilaciones.
Quisimos hacernos fuertes;
Mas mis contrarios feroces
Ya la pared me derriban
Y ya la puerta me rompen.
* Yo, viendo que aunque dilate,
* No es posible que revoque
* La sentencia de enemigos
* Tan agraviados y nobles;
Viendo á mi lado la hermosa
De mis desdichas consorte,
Y que hurtaba á sus mejillas
El temor sus arreboles;
* Viendo cuán sin culpa suya
* Conmigo fortuna corre,
* Pues con industria deshace
* Cuanto los hados disponen;
* Por dar premio á sus lealtades,
* Por dar fin á sus temores,
* Por dar remedio á mi muerte
* Y dar muerte á mis pasiones,

Que lo estará deseando
La pobre.

CALIXTO.
Padre...
DON ALONSO.
¿Qué es esto?
Calixto, ¿qué estás dudando?
CALIXTO.
Si no temiera...

DON ALONSO.
¿Qué dices?
GARULLA. (Ap.)
¿Cuánto va que hay algun ajo
Que le pica al viejo?

CALIXTO.
Yo...

Os dijera...
DON ALONSO.
Háblame claro.

CALIXTO.
Que no me puedo casar.

DON ALONSO.
¿Por qué?
CALIXTO.
Porque estoy casado.

DON ALONSO. (Colérico.)
¿Qué dices, infame?

Hube de darme á partido
Y pedirles que conformen
Con la union de nuestras sangres
Tan sangrientas disensiones.
* Ellos, que ven el peligro,
* Y mi calidad conocen,
* Lo acetan, despues de estar
* Un rato entre sí discordes.
* Partió á dar cuenta al Obispo
* Su padre, y volvió con orden
* De que el desposorio pueda
* Hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
La mortal guerra trocóse,
* Dándote la mejor nuera
* Que nació del sur al norte.
* Mas en que tú no lo sepas
* Quedamos todos conformes,
* Por no ser con gusto tuyo
* Y por ser mi esposa pobre;
* Pero ya que fué forzoso
* Saberlo, mira si escoges
* Por mejor tenerme muerto
* Que vivo y con mujer noble.

DON BELTRAN.
Las circunstancias del caso
Son tales, que se conoce
Que la fuerza de la suerte
Te destinó esa consorte:
Y así, no te culpo en más
Que en callármelo.

DON GARCÍA.
Temores
De darte pesar, señor,
Me obligaron.

DON BELTRAN.
Si es tan noble,
¿Qué importa que pobre sea?
¿Cuánto es peor que lo ignore,
Para que, habiéndome empeñado
Mi palabra, agora torne
Con eso á doña Jacinta!
Mira en qué lance me pones!
* Toma el caballo, y temprano
* Por mi vida te recoge.
* Porque despacio tratemos
* De tus cosas esta noche.

DON GARCÍA.
* Iré á obedecerte al punto
* Que toquen las oraciones.

GARULLA. (Ap.)
¡Chispas!
No lo malicié yo en vano.
DON ALONSO.
¿Casado sin mi permiso?
CALIXTO.
Pero escuchadme.
DON ALONSO.
¡Malvado,
Vil, perverso!... (Amenazándole.)
CALIXTO.
Pero siendo
La nuera que yo os he dado
Hermosa, noble y muy rica...
DON ALONSO. (Carinoso.)
¡Hola, muy rica! Hijo, vamos,
Dimelo todo: no temas,
Hijo; que yo no me enfado,
Sino que...
CALIXTO.
Pues oiga usted;
Le contaré todo el caso.
En casa de un comerciante
De Salamanca afamado
Entraba yo con frecuencia:
Su hija, señor, que es un pasmo
De hermosura, única siendo,
Dió en mostrarme algun agrado;
Yo deseando, señor,
El ver á usted descansado
Sin que ande tomando pulsos,
Justamente lastimado
De que, siendo usted muy bueno,
Siempre tratase con malos,
Di en festejarla.
DON ALONSO.
Yo hubiera
Hecho lo mismo, muchacho.
Vaya, prosigue.
CALIXTO.
Por fin
Me citó para su cuarto
Una noche, con el fin
Que quedase estipulado
Ante testigos el modo
Mejor de poder casarnos.
DON ALONSO.
¿Y fuiste?
CALIXTO.
Sí, señor.
DON ALONSO.
No
Era justo haber faltado.
Sigue, hijo mio.
CALIXTO.
Llévome,
Varias salas rodeando,
Hasta el cuarto una criada;
Y apenas había entrado
Y la puerta se cerró,
Cuando el padre entra llamando
Y gritando que le abriesen.
DON ALONSO.
¡Fuerte lance!
CALIXTO.
Yo, turbado,
Me escondi detras de una
Gran cortina de damasco
Con sus galones de oro,
Que á otras piezas daba paso.
Entró el padre: yo, creyendo
Que á mi me iría buscando,
Éché mano á una pistola
De que con todo cuidado
Me había ya prevenido;
Pero al sacarla, hizo el diablo

Que se enredase el gatillo,
Y sin poder remediarlo,
Salió el tiro: al estampido
Cayó el padre desmayado,
La criada perdió el sentido,
Y á la niña la dió un flato.
Viendo catástrofe tal,
Procuró ponerme en salvo;
Pero no pude, porque
Se había ya alborotado
Toda la casa, y venian
Catorce ó quince criados,
Creyendo había ladrones,
Con escopetas cargadas.
Saqué brioso la espada;
Pero me abrazó un lacayo,
Que, segun eran sus fuerzas,
Sin duda que era asturiano,
Y me sujetó. Ya el padre,
Vuelto en sí de aquel desmayo,
Mirando por su opinion,
Entre amoroso y airado,
Me dijo que con su hija
Me casase de contado,
O que si no, me mataba,
Sin haber remedio humano.

DON ALONSO.
Y tú dirías que sí
Por vivir: eso está claro;
Y además, que siendo rica,
No podía haber reparo.

CALIXTO.
Así fué, y á los tres dias,
Todo ya facilitado,
Con doña Lucrecia, padre,
Me casé, y estoy gozando
Una vida que mejor
No la tiene un potentado.

DON ALONSO. (Alegre.)
Yo lo creo, y te la envidio.

GARULLA. (Ap.)
Ya me había sospechado
Yo algo de esto.

CALIXTO.
Y así, padre,
Si acaso os he disgustado...

DON ALONSO.
No, hijo mio; solo siento
No me lo hayas avisado
Antes que al tío Rodriguez
Le hubiera dado el contrato,
De mi letra y de mi puño
Firmado. Sin dilatarlo
Voy á decírselo, y que
Leonor, pues ya estás casado,
Busque su remedio.

No se copian estos versos con ánimo de presentarlos como una imitación digna de la comedia francesa; pónense aquí para prueba de lo fácil que es reducir un trozo de poesía cuando hace uno con él lo que se le antoja; y tambien para decir á nuestros lectores que la pieza de que forman parte, versificada toda en igual estilo, se representaba y aplaudia en los teatros de España, mientras yacía en el olvido *La verdad sospechosa*. Goldoni, que no debía ser muy aficionado á abreviar escenas fecundas en gracejo, imita la de Corneille así:

PANTALON.
Tú eres el heredero único de mi casa; y ya que la muerte de mi pobre hermano te dejó aun más rico de lo que pudiera tu padre, es preciso pensar en la conservación de la casa y de la familia; por lo cual, en una palabra, quiero casarte.

LELIO.
Ya había yo pensado en ello: miras tengo, de que á su tiempo se hablará.

PANTALON.
Hoy día los jóvenes cuando tratan de casarse no piensan más que en satisfacer un capricho, y á los cuatro dias de la boda les pesa de ella. Esta clase de negocios conviene dejárselos manejar á los padres. Interesados en el bien de sus hijos más que ellos propios, sin que los ciegue pasión ni acaloramiento, hacen las cosas con más juicio, y los hijos con el tiempo tienen que estarles agradecidos.

LELIO.
Cierto que no lo haré sin contar con vos; siempre me regiré por vuestros consejos y aun por vuestra autoridad.

PANTALON.
Bueno. Pues siendo así, sabe, hijo mio, que ya te he casado, pues cabalmente esta mañana he ajustado tus esponsales.

LELIO.
¿Cómo? ¿Sin decírmelo?

PANTALON.
La ocasion no podía ser mejor. Una buena muchacha, casera y de disposicion, con buena dote, hija de un sugeto muy decente, natural de Bolonia, aunque avecindado en Venecia. Te diré además, para que te alegres, que es hermosa y con talento: ¿qué más quieres? Se la he pedido á su padre, y ha quedado hecho el negocio.

LELIO.
Señor padre, perdonadme: verdad es que los padres saben mirar bien por sus hijos; pero el hijo ha de vivir con la mujer, y es justo que ella le agrade.

PANTALON.
Señor hijo, no son esos los afectos de sumision con que ántes me hablábais. En fin, yo soy padre; y si por haberos criado lejos de mí no habeis aprendido á respetarme, aun no es tarde para enseñároslo.

LELIO.
Pero ¿ni aun quereis que ántes la vea?

PANTALON.
La veréis en firmando el contrato: á la antigua usanza. Lo que yo he hecho, bien hecho está; soy vuestro padre, y basta.

LELIO. (Ap.)
Ahora es tiempo de una ingeniosa invencion.

PANTALON.
Ea, ¿qué me respondes?

LELIO.
¡Ah señor padre! En gran empeño me pone vuestra autoridad; ya no puedo teneros oculto un secreto.

PANTALON.
¿Qué es? ¿Qué hay de nuevo?

LELIO.
Vedme á vuestros piés. He cometido un yerro, lo sé; pero me obligaron á cometerle.

PANTALON.
Pero, vamos, dílo pronto: ¿qué has hecho?

LELIO.
Os lo digo con lágrimas en los ojos.

PANTALON.
Despáchate, habla.

LELIO.
Me he casado en Nápoles.

PANTALON.
¿Y ahora me lo dices! Y no me lo has escrito! Y no lo sabía mi hermano!

LELIO.
No lo sabía.

PANTALON.
Levántate: merecerías que te borrara el nombre de hijo mio y te arrojase de mi casa. Pero ya se ve, no tengo otro, y hecha la cosa, no admite remedio. Si la boda es de igual á igual, si la nuera encarga á alguno que me escriba ó me hable, tal vez, tal vez la acepte. Pero si te has casado con alguna pelandusca...

LELIO.
¡Oh! ¿qué decís, señor padre? Me he casado con una jóven honradísima.

PANTALON.
¿De qué clase?

LELIO.
Es hija de un caballero.

PANTALON.
¿De qué país?

LELIO.
Napolitana.

PANTALON.
El dote.

LELIO.
Riquísimo.

PANTALON.
¿Y me callas un casamiento así? ¿Temías que dijese que no? No soy tan necio. Has hecho muy bien en hacerle. Pero ¿por qué no nos has dicho nada ni á mi ni á tu tío? ¿Te has casado en secreto sin contar con la familia de ella?

LELIO.
Lo saben todos ellos.

PANTALON.
Pero ¿por qué callármelo á mi y á mi hermano?

LELIO.
Porque el matrimonio se hizo atropelladamente.

PANTALON.
¿Qué quiere decir eso de atropellar el matrimonio?

LELIO.
Me sorprendió el padre en el cuarto de la muchacha.

PANTALON.
Y ¿á qué ibas tú al cuarto de la muchacha?

LELIO.
Locuras de amor, frutos de la juventud.

PANTALON.
¡Desventurado! En fin, pues te has casado, se acabó. ¿Cómo se llama tu novia?

LELIO.
Briseida.

PANTALON.
¿Y su padre?

LELIO.
Don Policarpo.

PANTALON.
¿Y el apellido?

LELIO.
De Albacava.

PANTALON.
¿Y es ella jóven?

LELIO.
De mi edad.

PANTALON.
¿Cómo la conociste?

LELIO.
Su casa de campo está inmediata á la nuestra.

PANTALON.
¿Cómo te introdujiste en su casa?

LELIO.
Por medio de una criada.

PANTALON.
¿Y él te cogió en el cuarto de ella?

LELIO.
Solitos.

PANTALON.
¿De día ó de noche?

LELIO.
Entre dos luces.

PANTALON.
¿Y cometiste el desacuerdo de dejarte sorprender, exponiéndote á que te mataran?

LELIO.
Me escondí en un armario.

PANTALON.
Pues ¿cómo te encontraron allí?

LELIO.
Mi reloj de repeticion dió la hora, y el padre cayó en sospecha.

PANTALON.
¡Oh diablo! ¿Y qué dijo?

LELIO.
Preguntó á la hija quién le habia dado aquella repeticion.

PANTALON.
¿Y ella?...
Dijo al momento que se la habia dado su prima.

PANTALON.
¿Qué prima es esa?

LELIO.
La duquesa Matilde, hija del príncipe Astolfo, hermana del conde Argante, superintendente de caza de su majestad.

PANTALON.
Tu mujer tiene una parentela estrepitosa.

LELIO.
Y de una nobleza lucidisima.

PANTALON.
Y en cuanto al reloj, ¿qué dijo su padre? ¿Se apaciguó?

LELIO.
Quiso verle.

PANTALON.
¡Bravo! ¿Cómo se compuso?

LELIO.
Fué Briseida, abrió un poco el armario, y me pidió bájito el reloj.

PANTALON.
Ya: se le diste y no hubo más.

LELIO.
Al sacarlo de la relojera, se enganchó la cadena en el gatillo de una pistola que tenia yo en el brinco, y se me disparó la pistola.

PANTALON.
¡Triste de mí! ¿Te hiciste daño?

LELIO.
Ninguno.

PANTALON.
¿Qué dijo? ¿Qué hubo?

LELIO.
Un alboroto infernal. Mi suegro llamó á sus criados...

PANTALON.
¿Y dieron contigo?

LELIO.
¡Yaya!

PANTALON.
El corazon se me salta. Y ¿qué hiciste entónces?

LELIO.
Echar mano á la espada y ponerlos á todos en fuga.

PANTALON.
¿Y si te hubieran muerto?

LELIO.
Tengo yo una espada que no teme ni á ciento.

PANTALON.
Con tiento, no se quiebre. ¿Con que así te escapaste?

LELIO.
¡Oh! yo no quise abandonar á mi hermosa.

PANTALON.
¿Y qué te dijo ella?

LELIO.
Se echó á mis piés llorando.

PANTALON.
No parece sino que me estás contando una novela.

LELIO.
Pues os digo la pura verdad.

PANTALON.
¿Cómo acabó el lance?

LELIO.
Mi suegro recurrió á la justicia, vino un capitán con una

compañía de soldados, me hicieron casar con la chica, y en castigo me señalaron veinte mil escudos de dote.

PANTALON. (Ap.)

Tal vez haya sido esta la primera vez que de un mal haya salido un bien.

LELIO. (Ap.)

Desafío al primer gacetero de Europa á inventar un hecho tan bien circunstanciado.

PANTALON.

Hijo mio, bravo riesgo corraste; pero ya que saliste con honra, da gracias á Dios, y ten más juicio en adelante. ¡Pistolas, pistolas! ¿Qué vienen á ser esas pistolas? Aquí no se usa eso.

LELIO.

Desde entónces no he vuelto á llevar más armas de fuego.

PANTALON.

Pero ¿por qué no diste cuenta de esa boda á tu tío?

LELIO.

Cuando ocurrió estaba gravemente enfermo.

PANTALON.

¿Por qué no me lo escribiste á mí?

LELIO.

Por decíroslo de palabra.

PANTALON.

¿Por qué no has traído tu mujer á Venecia?

LELIO.

Si está embarazada de seis meses.

PANTALON.

¿Embarazada por añadidura? ¡Y de seis meses! ¡Una friolera! Pues el lance no es tan reciente. Yaya, que has hecho una buena gracia con no avisarme. Tu señor dirá que tienes un padre sin crianza, pues no le he escrito ni un renglon felicitándole de tu enlace. Pero yo lo remediaré. Esta noche sale el correo de Nápoles; le escribiré al momento, encargándole sobre todo que me cuide á mi nuera y á lo que de á luz, que siendo fruto de mi hijo, es también parto de mis entrañas. Voy corriendo... Pero ya no me acuerdo del sobrenombre de don Policarpo. Vuelve á decírmelo, hijo.

LELIO.

(Ap. Tampoco lo recuerdo yo.) Don Policarpo Carciofoli.

PANTALON.

¿Carciofoli? Me parece que dijiste otro. Ya me acuerdo; me dijiste Albacava.

LELIO.

Eso es: Carciofoli es el apellido, Albacava es su título; se llama de ambos modos.

PANTALON.

Ya estoy. Voy á escribir (1). Le diré que tan luego como

(1) Moncin continúa la escena así:

Pero
Es preciso que escribamos
A tu mujer que se venga;
Que quiero darla un abrazo.

CALIXTO.

No puede venir.

DON ALONSO.

¿Por qué?

CALIXTO.

Pues si está esperando el parto
De un instante á otro.

DON ALONSO.

¿Qué dices?

Hijo mio, ¿con que aguardo
Tener pronto un nieto?

GARULLA.

O nieta.

CALIXTO.

Sí, señor.

DON ALONSO.

Mi gozo es tanto,
Que creo me vuelvo loco.
Mas no perder tiempo trato.
Voy á ver al tío Rodríguez.
Adios, hijo; más despacio
Hablaremos.

pueda venir, me mande á Venecia á mi querida nuera. No veo la hora de verla, no veo la hora de besar aquella tierna criatura, única esperanza y sosten de la casa Bisognosi, báculo de la vejez del pobre Pantalon.

Por la lectura de esta escena y la de Moncin se viene en conocimiento de que este, al imitar á Corneille, tuvo también presente á Goldoni. En la pieza italiana el padre del *Mentiroso* es médico; en la de Moncin lo es el padre de las damas.

Sigamos á M. Philarète Chasles.

Celebra este ilustrado crítico, siguiendo á Voltaire, aquel verso original de Corneille:

Ce fut, s'il m'en souvient, le premier de septembre.

Confieso que ese chiste, verdaderamente de poco valor, no se halla en la comedia española; pero tiene la nuestra en cambio aquel rasgo tan oportuno:

¡Mal haya, amén, el primero
Que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo
A dar comenzó las doce.

Corneille se dejó en el tintero los dos primeros versos, y redujo los segundos á la fria expresion *ma montre sonna*. Compárese esto de *mi reloj dió* con lo de dar las *doce*, es decir, no uno ni dos golpes, sino el mayor número que podia; á tener el reloj intencion de perder á su amo, no hubiera podido hacer más para descubrir su escondite. Esto es cómico, es natural, y por consiguiente creible; y lo que añade Corneille poco despues, *en un cuarto de hora ha dado dos veces*, es una chanzoneta ridícula que García ó Doranto no hubiera tenido valor de pronunciar delante de su padre. También es ficcion más cómica la de engancharse el galan en la alcayata que la de rompersele la espada en tres ni en treinta pedazos; y tampoco era de omitir aquella valiente réplica de don Beltran:

También eso
Es mentir; que aun desmentir
No sabeis sino mintiendo.

Los versitos octosílabos españoles, cuando son de romance, podrán ser más fáciles de hacer que los alexandrinos franceses; pero no cuando forman redondillas ú otra combinacion métrica donde se use del consonante, porque entónces entre rima y rima solo median ocho sílabas ó quizá siete, y en el verso heróico frances median doce y trece, siendo así menor la sujecion y menor también el número de consonantes que se necesitan. Si en español se hacen versos con más facilidad que en frances consistirá en ser la lengua más varia en sus giros, no en que el metro carezca de inconvenientes.

En romance está escrita la escena en que García se finge casado; pero otras muchas de *La Verdad sospechosa* están versificadas con rima entera, y sujetas por ello á ley más rigurosa que la del alexandrino.

No he podido hallar en la escena de ALARCON los doce soles con sus lunas, aniquilados por la omnipotencia de Corneille, segun Mr. Philarète Chasles.

En cuanto á si el trabajo de Corneille aventaja en elegancia y otras cualidades al de ALARCON, léase lo que sigue.

DEL SEÑOR DON ADOLFO FEDERICO DE SCHACK.

(Historia de la literatura y arte dramática en España, tomo II, páginas 624 y 625.)

Las comedias de ALARCON propiamente dichas descuellan sobre la mayor parte de las del teatro español por lo vivo é individual de sus caracteres, siendo célebre con especialidad *La verdad sospechosa*, prototipo del *Mentiroso* de Corneille, quien por cierto solo reprodujo una débil sombra del original... La tendencia moral notable de esta composicion debe ser lo que la ha valido tanto con algunos críticos, que la han declarado la mejor comedia española; opinion con que nosotros no estamos de acuerdo: Lope, Tirso, Moreto, Rojas y el mismo ALARCON escribieron comedias con invencion

más rica, con mucha mayor finura y gracia en el chiste. No por eso deja *La verdad sospechosa* de tener un mérito raro, y debe ser considerada como una de las pocas piezas en que se va directamente á un fin moral sin perjuicio de la poesía. Lucen más sus primores si se la compara con la seca y descolorida imitacion de Corneille, en la cual han quedado destruidos casi todos los rasgos de inteligencia y graciosos movimientos del original, y un bosquejo que brota vida por cada línea se ve desfigurado y convertido en un fastidioso proverbio moral.

GANAR AMIGOS.

DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCIA SUELTO (1).

Si hubiera de juzgarse del corazon y del carácter de los autores por sus obras, y si es verdad que su fisonomia moral se halla en sus escritos, deberíamos creer que RUIZ DE ALARCON fué un hombre digno del mayor

aprecio por sus nobles prendas y por la generosidad de su alma. Basta para formar este concepto la comedia que presentamos al público. En ella luce eminentemente la magnanimidad, la elevacion de sentimientos y el heroísmo de la amistad. No habrá quizá otra pieza dramática en ninguna de las lenguas conocidas que pinte con más verdad y belleza estas prendas, que rara

(1) Los artículos de este crítico insertos aquí se han tomado de la Coleccion general de comedias escogidas que principió á publicarse en Madrid el año de 1826.

vez se hallan reunidas en un solo individuo; y si se juzga la comedia de *Ganar amigos* con arreglo á estos principios, es verdaderamente ideal. El marqués don Fadrique manifiesta siempre una generosidad, una fuerza de alma y una bondad consumadas. ¿Será fácil hallar un hombre que no solo perdone al homicida de un hermano querido, le conserve la vida y le liberte de la persecucion de la justicia, sino que se declare su amigo y le ruegue con la amistad? No es ciertamente más admirable ni más sublime Augusto cuando en la tragedia de Corneille dice á Cinna: *Soyons amis, Cinna; c'est moi qui l'en convie*, que el Marqués diciendo á don Fernando.

Para conmigo
No solo estáis perdonado,
Pero os quedaré obligado
Si me quereis por amigo.

César al fin perdonaba una ofensa personal, un delito que no se había consumado, y podía hacerlo sin perjuicio de tercero, ó castigarle á su placer. Al hombre á quien la Providencia confía el gobierno de un imperio se le debe mirar como un ser sobrenatural, grande, espléndido, magnánimo y muy superior á los demás hombres. Don Fadrique no era un monarca, y manifiesta, sin embargo, la sublimidad que parece inseparable de este augusto destino.

Aunque no tuviera esta comedia más mérito que el del carácter bondadoso y noble del Marqués, sería digna del aprecio de los inteligentes. ¿Con cuánta más razón deberá serlo, cuando todos los demás personajes, sin adolecer del vicio de la monotonía, compiten en heroísmo? Don Fernando es casi igual al Marqués; quiere mejor perder la vida á sus manos que revelar el secreto que ha prometido guardar á una mujer á quien ama, y de cuya correspondencia no está completamente seguro.

DON FERNANDO.
Resuelto á callar estoy.

MARQUÉS.
¿Qu'os resolvéis en efeto,
Si con la muerte os obligo,
A no decirlo?

DON FERNANDO.
Conmigo
Ha de morir mi secreto.

Don Pedro de Luna tiene también esta especie de heroísmo ideal que admira y enciende la imaginación. Odia al Marqués porque cree que por influjo suyo y por envidiar su privanza le envía el Rey á la guerra de Granada; pero cuando se desengaña y conoce lo que debe á don Fadrique, es un héroe; no duda un momento exponerse á perder la estimación pública, la gracia de su soberano, y hasta la misma vida, por salvar al que juzgaba su enemigo.

Don Diego manifiesta la misma heroicidad, pues á pesar de hallarse comprometido por el delito atroz que cometió celoso del Marqués, se delata él mismo y se ofrece á la muerte por librarle... Pero ¿qué más, si hasta Encinas, que por el lugar ínfimo que ocupa en la

sociedad es un personaje humilde y bajo, se presenta también como un modelo en su clase? Prefiere perecer en el cadalso á faltar á la palabra que dió á don Diego.

Y ¿qué diríamos del carácter del rey don Pedro, en quien resplandece tan eminentemente la rectitud y la justicia? Es un verdadero Catón en la integridad y rigidez. Es digno de observarse que los historiadores no le pintan del mismo modo que los poetas. Estos parece que siguieron en este punto las tradiciones populares, y aquellos se dejaron tal vez arrastrar del espíritu de partido. Los eruditos, más versados que nosotros en este ramo de la literatura, podrán dar á aquel príncipe el verdadero concepto que merece; nosotros hablamos del que se forma leyendo esta comedia.

Doña Ana y doña Flor, aunque esta es el móvil de la intriga y aquella la causa de la prision del Marqués, la cual produce el desenlace, no pueden compararse á los demás personajes; pero ambas son decentes, pun-donorosas y amables. Doña Flor es, sin embargo, un poco coqueta, y se muestra más interesada y ambiciosa que sensible y enamorada.

La intriga de esta comedia está bien imaginada y conducida, supuesto el principio que habían adoptado nuestros antiguos poetas dramáticos; y prescindiendo de las mutaciones frecuentes de la escena, y del tiempo que empleaban en la acción, esta es bastante regular; además de que por el interés que inspiran los personajes, el asunto mismo y las situaciones, se olvidan estos defectos. ¿Y será posible que no los olviden también aquellos censores austeros que llevan siempre en la mano el helado compas de los preceptistas para juzgar á nuestros antiguos autores, sin atender al tiempo en que escribieron, y á que fueron los primeros que en este género inspiraron el buen gusto á la Europa moderna?

Pero en lo que es sobresaliente RUIZ DE ALARCON es en el lenguaje. Ningun escritor español le ha poseído con más pureza, propiedad y corrección. No tememos asegurar que es uno de los mejores, si no es el primero, de los hablantes castellanos. Es un modelo que debe estudiarse continuamente.

Su versificación, llena, fácil y sonora, no es tan pintoresca como la de Tirso ni tan poética como la de Lope y Calderon; pero no se encuentran en ella los resabios del mal gusto que introdujo Góngora.

Por estas prendas, y otras que darémos á conocer, creemos que RUIZ DE ALARCON merecerá el aprecio de los inteligentes, así como merece un lugar muy distinguido en nuestro parnaso. Algunos le gradúan de un poeta de segundo orden en su género. Nosotros no trataremos de probar que pertenece al primero, porque no es este nuestro propósito, y porque en las artes de imitación pueden los inteligentes profesar los mismos principios generales, y formar, sin embargo, distinto concepto del mérito individual de los escritores. Un amigo nuestro dice que todo puede probarse, y en verdad que en ciertas materias tiene razón, y mucho más en las de puro gusto, porque cada uno tiene el suyo, dependiente de la educación que ha recibido, de sus estudios y de su organización particular.

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios.)

Este poeta se ejerció también en la comedia heroica, tan del gusto de su siglo. Entre las que escribió en este género sobresalen *Ganar amigos*, ó *Lo que mucho vale mucho cuesta*; *Los pechos privilegiados*, ó *Nunca mucho costó poco*, y *La amistad castigada*. Comenzaremos por la primera, que es la mejor de las tres, aunque todas tienen el defecto general de demasiada complicación en la fábula.

La acción de *Ganar amigos* se reduce al peligro de que escapa el privado de un rey, acusado calumniosamente de un delito atroz, por haber procurado hacer bien y adquirir amigos en todo el tiempo que gozó de su privanza. El marqués don Fadrique, valido de don Pedro el Cruel, perdona y salva á don Fernando de Godoy, que había muerto á su hermano en un desafío; impide la muerte que el Rey quería dar á don Pedro de Luna por haber violado el decoro de su palacio; gana á don Diego de Padilla, prometiéndole no volver á hablar á su hermana Flor, causa de la muerte de su hermano, y haciendo que el Rey le favorezca.

Vióse despues calumniado y preso por un delito cuyo verdadero perpetrador era don Diego; y tanto este caballero como los otros dos favorecidos por el Marqués se presentan á padecer por él: Padilla como verdadero delincuente, Godoy como autor de la muerte del hermano que la envidia achacó á don Fadrique cuando le vió caído, y Luna ofreciéndose á sacarle de la prision y á quedarse en ella. El Rey, que escuchaba escondido la generosa lucha de los cuatro, perdona á los delincuentes y vuelve á su gracia al Marqués.

Esta es quizá la comedia mejor escrita y dialogada de ALARCON. La elocución es siempre correspondiente á la nobleza de los sentimientos que en ella se describen. La escena en que el Marqués quiere averiguar del matador de su hermano quiénes y cuáles eran sus relaciones con Flor, es admirable. Godoy hace alguna resistencia á declararse, y el Marqués le dice:

Ved que me habeis agraviado,
Pues dais en eso á entender
Que os engendra mi poder,
Y no mi valor, cuidado.

FERNANDO.

¿Cómo?

FADRIQUE.

Clara es la razon
En que este argumento fundo;
Que si las leyes del mundo
Piden la satisfacion
Como fué la ofensa, es llano
Que cuerpo á cuerpo los dos
Debo vengarme, pues vos
Matasteis así á mi hermano.

FERNANDO.

Es así.

FADRIQUE.

Pues si es así,
Y que estamos hombre á hombre,
Querer ocultarme el nombre
Cuando os tengo á vos aquí,
Y decir que de esa suerte,
Si no os quiero perdonar
Mi ofensa, pensais librar
Vuestra vida de la muerte,

¿No es evidente probanza
De que pensais que pretendo
Saber quién sois, remitiendo
A otra ocasion mi venganza?
Pues si teniéndos presente,
Pensais que no quiero aquí
Vengarme de vos por mí,
Dais á entender claramente
Que os pretendo conocer
Porque pueda en mi ofensor,
Lo que agora no el valor,
Hacer despues el poder.

Don Fernando, convencido por las razones del Marqués, le confiesa su nombre; pero en cuanto á Flor, dice:

Lo primero
Pensad que jamas su honor
Sufrió la duda menor;
Luego, como caballero
Y galan, me decid vos
Si, dado caso que fuera
Yo tan dichoso que hubiera
Secretos entre los dos,
¿Diera el descubrillos fama
A mi honor, si es, segun siento,
Inviolable sacramento
El secreto de la dama?

FADRIQUE.

Pues si callar os prometo,
El ser quien soy ¿no me abona?

FERNANDO.

No hay excepcion de persona
En descubrir un secreto.
En vano estáis porfiando.

FADRIQUE.

Advertid que con callar
Me dais más que sospechar
Que podeis dañar hablando,
Si al constante desvario
En que dais, de doña Flor
Os ha obligado el honor.

FERNANDO.

No me obliga sino el mio,
Ni temo que sospecheis
De su honor por eso mal;
Que sois noble, y como tal
La sospecha engendraréis.

Irritado el Marqués del silencio de Godoy, se resuelve á arrancarle el secreto á estocadas. Sacan las espadas, riñen, y el Marqués triunfa, y le pregunta lo que le ha pasado con Flor.

FERNANDO.

Resuelto á callar estoy.

FADRIQUE.

¿Que os resolvéis en efeto,
Si con la muerte os obligo,
A no decirlo?

FERNANDO.

Conmigo
Ha de morir mi secreto.

El Marqués elogia esta noble determinación, le concede la vida y añade:

Guardaos, si viene á saberse
Que fuistes vos mi ofensor,